

David Echávarri Espinosa

4.º ESO C

La historia del sol

En la más claustrofóbica negrura de su habitación, yace; tumbada en la cama; Hemera, la niña más resplandeciente de aquel mundo circundado por el majestuoso “OCEANOS”. En el exterior; traspassando la puerta de su hábitat oscuro por naturaleza; ha germinado, como mala hierba, la raza humana. Estos seres de cuatro sentidos, tan desconocidos para Hemera como su propio fulgor, se sumen, al igual que ella, en la más densa oscuridad.

¿Por qué? ¿Por qué es todo tan oscuro? La razón es bien sencilla: ENVIDIA. Nyx, la madre soltera de Hemera, también conocida como “Noche”, al concebir a su hija y ver a todos idolatrarla por su precioso brillo, decidió encerrarla en su habitación. Pero, para suerte y desgracia de Hemera, todavía quedaba alguien que podía disfrutar de su luz desde su escondido rincón; pues con sus propios ojos se podía admirar. Insatisfecha y corroída por una envidia profunda, Nyx, en un arrebato de locura, le arrancó los ojos a su hija e, irónicamente compasiva, le curó las heridas y le rellenó las cuencas con dos perlas.

Con la ayuda de los dioses, todos los seres vivos consiguieron adaptarse a aquella noche interminable y, más tarde, perdieron su sentido de la vista por la falta de algo que pudiera disfrutarse con los ojos. Y así continuó la vida... por lo menos para los del exterior. A cada imperceptible siglo que pasaba, Hemera crecía un año, y un año crecía su amante Virgilio. Ella no sabía de dónde había salido su compañero, ni recordaba cuándo había entrado en su habitación (llevaban mucho tiempo encontrándose allí para charlar).

-¿Quién está ahí? Virgilio, ¿eres tú?

- Así es, pequeña Hemera. Soy yo.

- ¡Ay! ¡Qué alegría me das! Ya te echaba de menos. Dime, Virgilio de mi corazón, ¿qué aspecto tengo hoy?

-Estás preciosa. Brillante como solo tú eres.

- Siempre consigues alegrarme en un momento. Por cierto, cambiando de tema, ¿recuerdas que la última vez me hablaste de una cosa que hacen “los de fuera” para declarar su amor a su pareja?

-Por supuesto que lo recuerdo, te refieres al matrimonio ¿no?

-¡Exacto! Pues, verás, había pensado que como tú me quieres tanto y yo a ti también, podríamos casarnos.

- Me parece una idea estupenda; pero ¿no recuerdas que para casarse hace falta alguien que nos declare marido y mujer?

- Claro que sí. Y he pensado en salir afuera a buscar a ese alguien.

- Y ¿cómo has pensado salir si no puedes ver?

-Yo no puedo ver, pero tú sí. Solo tienes que conseguir una forma de salir, y guiarme hasta “el otro lado”.

-De acuerdo, pequeña, si es lo que quieres...

Hemera, ilusionadísima, había estado imaginando cómo sería su matrimonio: Habría una gran ceremonia por ellos; todos los humanos asistirían a su unión; habría esas cosas olorosas de las que le había hablado Virgilio, y esas otras cosas sabrosas que le había descrito; los invitados humanos le regalarían un nuevo par de ojos de todas las formas posibles...Y, sobre todo, podría, por fin, probar los ansiados labios de su amante...

Se hallaba Hemera en estos pensamientos cuando, con un agradable susto, irrumpió la voz de Virgilio en sus oídos.

-¡Cielo! ¡Cielo! ¡He tenido una idea!

-¡Por fin, Virgilio! ¡Cuéntamela! ¡Aprisa!

-Verás, se me ha ocurrido que, con una de las barras del somier, podríamos hacer palanca para abrir la puerta que da al exterior. ¿Qué te parece?

-¡Eres mi salvación, Virgilio! Adelante.

Decidida y eufórica, Hemera arrancó la barra, y empezó a hacer palanca; Virgilio, contagiado de su energía ofreció su ayuda, que fue aceptada de inmediato. Hemera notó

que la fuerza de Virgilio era inusualmente poco efectiva, pero, dejando de lado este detalle, consiguieron abrir la puerta.

Al darse la vuelta Hemera, e intentar compartir la alegría con su prometido, se percató, al no obtener respuesta, de que ya no estaba detrás de ella. Con el corazón acelerado, dedujo, la inocente Hemera, que la habría adelantado para ir buscando a los invitados; salió entonces de aquel lugar, y se dirigió al exterior.

Apareció, entonces, a la lejanía, un campesino que labraba la tierra con esfuerzo y sin sudor. No pudo este percatarse de que a él se acercaba aquella luz tan brillante.

Hemera, sumida en el pensamiento de cómo debía formular la invitación a su boda a aquel campesino, no pudo oír al pobre aullar de dolor; ella seguía acercándose a él hasta que escuchó sus gritos; entonces echó a correr, movida por una ciega compasión. Ni siquiera cuando se encontraba a veinte pasos, pudo saber que era ella quien le causaba ese suplicio. Pues, el ser humano, acostumbrado al frío de la noche eterna, no podía soportar el calor que desprendía la brillante Hemera.

Al llegar hasta el campesino y preguntarle alterada qué le pasaba, por causas extrañas e incomprensibles, el cadáver no supo responder.

Pasaron unas dos horas cuando ya estaba la boda preparada. Se encontraban, como una sombra sin dueño, las cenizas del cura y de los invitados, formando siluetas de lo más siniestras, esparcidas sobre el suelo del altar y las sillas de los asistentes. El olor de las flores achicharradas no era precisamente lo que esperaba Hemera, pero se satisfacía con oler, sencillamente oler. El sabor de las “cosas sabrosas” que le había descrito Virgilio, era un manjar a su parecer; aunque perfectamente se hubiera podido confundir con el carbón de una barbacoa.

-“Todos están en silencio esperando a que llegue el novio”- se decía Hemera con una sonrisa en la cara.-“No sabía que los humanos fueran tan educados...”

Allí esperó la joven a su amante durante más de dos meses. Al notar que había pasado mucho tiempo y que los invitados estarían cansados de estar callados, decidió ir a buscar a su amante. Buscó por toda la tierra sin encontrar ni un pequeño rastro de él. Bajó a los mares más profundos...pero nada encontró.

Y hasta aquí llega la historia, pues todavía no ha finalizado su búsqueda por el cielo, por lo que podemos verla dar vueltas y vueltas por arriba y abajo, lenta por su cansancio pero animada por su esperanza. Suerte que sobrevivimos algunos pocos humanos...y, os voy a contar un secreto: Virgilio, el gran amante de Hemera, nunca ha existido, sino que, el subconsciente de la pobre chica lo había imaginado, no pudiendo soportar la soledad del Tártaro. Pero...TSSS; no digáis esto en voz alta, no vaya a oírlo y baje a la tierra a buscar explicaciones.